

Abrí los ojos. Mi corazón latía fuerte y yo trataba de apaciguarlo. Otra vez el mismo sueño.

La chica que gritaba, el sonido que desaparecía, las sábanas y mantas blancas que todo lo envolvían...

Y de nuevo esa sensación asfixiante que se colaba por debajo de mi piel y me aprisionaba dentro de mis ropas.

Me incorporé. Aparté las sábanas y me senté en el filo de la cama. Mis pies descalzos agradeciendo el frío del suelo desnudo.

Me llevé una mano a la frente. Estaba caliente. Otra vez.

Lentamente me levanté y me dirigí hacia la ventana. Apoyé las palmas de mis manos en el cristal. Estaba frío. Me producía escalofríos y me gustaba.

Fuera, en la calle pobremente iluminada se podía vislumbrar una ligera niebla causada a la alta humedad de los últimos días.

Empujé las maderas de la ventana hacia arriba. Estaba atascada. Empujé nuevamente y subió de golpe. El frío de la noche se coló por ese espacio que acababa de abrir y dio de lleno en mi cara y mi cuerpo, protegido por una fina camiseta.

Mis mejillas y la punta de mi nariz coloradas fueron el resultado.

Exhalé una bocanada de aire. Una nube de vaho se formó justo a tocar mis labios, y poco a poco se alejó mientras se desvanecía.

Incliné la cabeza un poco mientras miraba un punto de la calle. Un punto cualquiera. Lo miraba sin observarlo. En realidad era como si no viera nada; ya que en ese momento mi mente no procesaba la información que mis ojos le enviaban.

Volví a la cama y me tapé con la manta; dejando la ventana abierta de par en par.

Me arrebujé bien entre las telas para combatir el frío que empezaba a hacerse presa de cada célula de mi cuerpo; pero no cerré la ventana, no me apetecía. Tal vez debí haberla cerrado... tal vez el calor me hubiera vuelto a despertar.

Allí estaba de nuevo; en esa sala misteriosa, adornada con un montón de antorchas que se encargaban de alumbrar. Llenando la claustrofóbica habitación de mil y una sombras distintas. Y horribles.

De nuevo, entrando por una puerta de la habitación; por la única puerta en realidad; estaba la chica de siempre. Siendo conducida, o más bien arrastrada por varios de ellos. Ellos. Ellos... supongo que gente, personas; llevaban una túnica que les cubría la cara, la capucha picuda se elevaba. Llevaban a la chica por los codos. Ella se resistía y convulsionaba; pero era en vano. Ellos la seguían sujetando, ni siquiera se les escapaba un poco. Era como si tuvieran mucha práctica cumpliendo con su cometido.

Ese pensamiento me inquietó y me hizo estremecer; pues significaba que esa no era la primera chica que llevaban arrastrando hasta... hasta donde fuera que la llevaran.

Pararon al llegar ante otro hombre, con la misma túnica y el mismo tipo de capucha puntiaguda. Pero este iba de negro, no de blanco.

La chica temblaba, se resistía; la mantenían junto enfrente de ese hombre. Quien levantó las manos al cielo y pronunció un cántico misterioso que no llegó a mis oídos.

Como siempre, el sonido se fue; y cuando pensaba que me iba a despertar todo se quedó en blanco y negro.

Tumbaron a la chica y la colocaron con los brazos en cruz sobre el pecho.

Mientras los hombres alrededor formaban un círculo y se arrodillaban; levantando a veces las manos hacia el techo.

Dos hombres danzaban alrededor; dentro del círculo. Llevaban en sus manos un ramito de incienso; que quemaba e iba desprendiendo hilos de humo gris oscuro.

En el centro del círculo, en el altar; donde la chica se encontraba, quieta, sin hablar; casi ajena de todo de no ser porqué sus ojos se movían de una banda a otra tratando de abarcar cuanto mayor campo de visión mejor; sus ojos se abrieron con anticipación cuando el mismo hombre que la había paralizado se acercó.

Oro hombre se acercó por detrás; iba encorvado y mirando al suelo; en sus manos llevaba una cesta llena de vendas de tela. Llena de vendas de tela blanca.

Ceremoniosamente cogió una, y mientras pronunciaba más cánticos que no llegaban a mis oídos empezó a vendar a la chica por los pies.

Subiendo por los tobillos hasta las rodillas; donde se abasteció de una nueva, y continuó con su cometido.

Ya pasaba la tela alrededor de la cintura de la chica; y entonces paró un momento y llevó las manos al techo, como si le estuviera pidiendo algo a alguien.

Como si le estuviera ofreciendo algo a alguien.

O alguien... a otro alguien.

La venda cubría ya la boca de la chica; dejó sus ojos destapados y empezó a cubrir la parte superior de la cabeza.

Noté la mirada de la chica clavada en mí; mirando a o lato de la extraña pirámide donde yo me encontraba.

Pidiéndome ayuda con los ojos. Una ayuda que yo no me atreví a darle.

De pronto un humo negro empezó a salir del hombre a cargo del ritual. A cargo de la ceremonia.

Todo se oscureció y durante un instante no noté mi cuerpo; cerré los ojos, era un frío intenso que se apoderaba de mi alma.

Cuando volví a abrir los ojos me encontraba mirando unos ojos gélidos que asomaban tras unos orificios realizados en una máscara negra.

Abrí los ojos del miedo.

Arriba, en lo alto de la pirámide, la chica de mi sueño me miraba seria. Su expresión serena y nula.

Traté de gritar que era un error; que no era yo quien debía estar ahí, que la chica que ellos querían estaba allí... y que se iba.

Me levantaron y me pusieron en una especie de sarcófago. Las vendas me impedían moverme; pero de todas formas estaba tan fría que no tenía oportunidad de intentar moverme.

Me cubrieron los ojos con un retazo de tela blanca.

No veía nada. Tampoco me hizo falta.

Al momento siguiente noté como me abrasaba.